



**MATRIMONIO  
AMOROSO**



**¡FELICIDAD!**

# **“MATRIMONIO AMOROSO” ¡FELICIDAD!**

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web:  
(El audio es grabado por Jorge Lapuente)

**[www.eresbautizado.com](http://www.eresbautizado.com)**

**<https://www.facebook.com/eresbautizado>**

**Primera Edición**

**ABRIL 2017**

**5,000 Ejemplares**

## “EL MATRIMONIO”

**Dios Padre, envíanos tu Espíritu, con el Don del Amor para amarnos mutuamente, para amar a Dios, a mi familia, a los pobres y a los enfermos, te lo pedimos Papito Lindo.**



Muchos católicos no se casan por la Iglesia porque les faltan razones para recibir el matrimonio cristiano. La inmadurez de fe, la ignorancia, las dificultades sociales, la disconformidad con la Iglesia o la carencia de valores, vencen sobre la fe que contiene el sacramento del matrimonio.

Pero, es más lamentable la situación de quienes realizan la comedia de casarse en una iglesia, pero no por la Iglesia. Son los que se casan por costumbre social, por la presión de los padres o por el temor a vivir después en pecado.

Felizmente, crece el número de parejas que deciden casarse por la Iglesia y recibir un sacramento, porque saben muy bien, que el matrimonio contiene muchos valores de fe. En definitiva, solicitan el matrimonio porque desean recibir la bendición de Dios y que Cristo esté presente en sus vidas para poder participar en el amor de Dios y así comenzar una vida nueva en pareja.

# La Gracia de Dios en el Matrimonio



La mayor riqueza del matrimonio es el mutuo amor de la pareja. Como creyentes la mayor riqueza es su fe en un Dios que es Amor y que bendice todo amor. Ellos van a dar un sentido religioso a la relación que les une: quieren consagrar su amor al Dios – Amor.

El matrimonio tiene un fundamento religioso. La Biblia nos presenta a la institución matrimonial como una alianza conyugal para siempre, fundada por Dios; es un pacto

amoroso que participa de la fecundidad de Dios, que compromete a imitar su amor.

Dios instituye el matrimonio como una comunidad de vida y de amor. “No es bueno que el hombre esté solo. Haré, pues, un ser semejante a él para que le ayude.” “Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne.” Por eso el hombre deja a sus padres para unirse a una mujer, y formar con ella un solo ser. Quienes se casan, se acercan a beber juntos del “agua viva” que les quitará la sed. El matrimonio es un sacramento por el cual los contrayentes participan del amor de Dios y cuentan para siempre con Cristo y con su gracia. El amor de los esposos simboliza o recuerda el amor de Cristo que nos manifestó en su Pasión, Muerte y Resurrección.



La pareja siempre será un lugar de encuentro con el amor de Dios para los demás. Cada cónyuge, el uno para el otro, será la posibilidad del encuentro con el amor de Dios. Los enamorados quieren vivir como esposos el uno junto al otro sin que nada impida su armonía. Ellos deben rechazar la posibilidad de tener que compartir el amor con terceras personas.

Los esposos que se quieren, anhelan compartir juntos la misma mesa, el mismo techo y las mismas diversiones. Cuando tienen que separarse, no por ello cesa la unidad espiritual, del recuerdo y del cariño. Los esposos encuentran en la oración del uno por el otro, un medio maravilloso de vivir unidos en Dios, vértice del triángulo que refuerza su amor. Quienes viven unidos a Dios, se colman de su Fuego, de su Paz, de su Amor, para irradiarlo con aquella intensidad con la que Dios los ha colmado.

La presencia de los hijos, manifiesta que la mutua donación de los esposos trasciende, y que ese amor es capaz de contribuir en el plan de la creación, de nuevos seres.





Los hijos aparecen, y son de verdad, un regalo del amor de Dios, que exige todas las ternuras y delicadezas para

ser cuidado, educado, alimentado, con aquel esmero y atención con los que la Virgen María y su esposo José, servían y cuidaban al mismo Hijo de Dios, que compartía con ellos su existencia temporal.

Para los esposos, establecer el Reino de los cielos “en y desde” el propio hogar, es esforzarse, continuamente, por ensanchar y amplificar los ámbitos familiares, vivificados, iluminados y elevados, con la presencia del amor sacramental, que recibieron el día de su matrimonio. De aquí, que todo,

absolutamente todo, deberá de contribuir para que los esposos, en forma concreta y eficaz, sean los constructores del Reino de Dios, desde el corazón de sus propias familias. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. Dios piensa el amor en serio. Ahora en nuestras épocas, queremos cambiar todo: casa, automóvil, computadora, teléfonos, también esposa. Y esto indica falta de un verdadero compromiso. Y esta es una verdadera desgracia para los seres humanos.

Por eso, ustedes que quieren amarse de verdad, y que quieren ser felices, tomen hoy la decisión de manifestarse su amor, vienen aquí a estar juntos ante el Señor que es Amor, ante Él, que se nos entrega una y otra vez, así como ustedes quieren vivir su matrimonio diario, entregándose el uno al otro.



Fue Satanás quien sembró la discordia y el desorden en la unión

existente entre Adán y Eva, engañándolos e impulsándolos a que desobedecieran a su Creador, de quien tanto habían recibido.

Y aquel paraíso, en donde brotaban toda clase de flores y de frutos, se vio ensombrecido por la tristeza que amargaba a los moradores de aquel lugar de felicidad. Los hombres habían ofendido a Dios, habían quebrantado sus mandamientos, habían preferido actuar su egoísmo en contra de la Voluntad de su Creador. Aquella unidad matrimonial se veía mortalmente herida. Fue preciso que Dios Padre enviara a su Hijo; el Verbo, para que restableciera todo lo malo que la soberbia del

hombre había causado. Y el Verbo encarnado se presentó como restaurador de la unión matrimonial que el hombre había destruido. Y no tan sólo se preocupó por aliviar la pena de aquellos esposos en Caná de Galilea a quienes el primer día de la boda ya les faltaba el vino, sino que Él mismo se declaró ser el esposo de la Iglesia, por quien derramaría su propia vida para salvarla y la colmaría con los méritos de su obra redentora.

Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por Ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la Palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo, sin que tenga mancha, ni arruga, ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada. Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que



ama a su mujer  
se ama así  
mismo, porque  
nadie aborreció  
jamás su propia

carne; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su cuerpo. Por eso, dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne.

El carácter sagrado del matrimonio es reconocido en todas las culturas, pero en los últimos tiempos se ha difundido una visión del matrimonio sin referencia a Dios, como si fuera sólo una cuestión de leyes civiles o un asunto privado entre un hombre y una mujer. Esto lo dicen quienes no conocen ni aman a Dios, y piensan que la religión no debe" influir en sus vidas.

La causa de esos errores es que las personas se alejan de Dios. Cuando esto ocurre es difícil que se reconozca la dignidad del matrimonio, y fácilmente se cae en la práctica de la infidelidad, el divorcio, el amor libre y otras uniones ilícitas o irregulares. También el amor matrimonial frecuentemente queda profanado por el egoísmo, el materialismo y la anticoncepción. Hay que cambiar esto en el corazón de las personas. Esta es la gran regla que en realidad cubre todas las demás. ¡Poner a Cristo en el primer lugar! El verdadero secreto de la felicidad en el hogar no es diplomacia, estrategia y esfuerzos incansables por vencer problemas, sino más bien, la unión con Cristo. Los corazones llenos del amor de Dios nunca pueden estar separados, el uno del otro. Con Cristo en el hogar, el matrimonio tendrá éxito. El Evangelio es el remedio eficaz



para todos los matrimonios que están llenos de odio, amargura y chasco. El Evangelio previene miles de divorcios restaurando milagrosamente el amor y la felicidad. También salvará su hogar. Oren en voz alta, el uno por el otro. ¡Esta es una regla maravillosa! Arrodíllense delante de Dios y pídanle que les permita sentir y expresar verdadero amor el uno por el otro, perdón, fortaleza y sabiduría para la solución de sus problemas. Dios ha dado una garantía personal de que él contestará a todas las necesidades materiales y espirituales de los esposos. La persona que ora no es automáticamente curada de todas sus faltas, pero tendrá un corazón que anhelará hacer lo recto. Ningún hogar se destruirá jamás, mientras el esposo y la esposa oren el uno por el otro, pidiendo la ayuda de Dios.

